

LA VENGANZA DEL PAJARO PINTO



COLECCION MARUJITA ^{Nº72}
ANO III

La venganza del

pájaro Pinto

BIBLIOTECA NACIONAL COLECCION
DEL PRESIDENTE ARGENTINOS

*Es propiedad en lo referente a los derechos exclusivos
de traducción al español y a la presente traducción
Copyright, 1940, by EDITORIAL MOLINO*

*Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL MOLINO,
Migueletes 1023 - Buenos Aires - (Argentina)*
PRINTED IN ARGENTINA

LA VENGANZA DEL PÁJARO PINTO

Había un geniecillo al que nadie podía ver. Era hipócrita, egoísta y murmurador. Llamábase Fifo y vivía en una casita situada al extremo del pueblo de la Margarita. Todo el mundo deseaba que se marchase a vivir a otra parte, pero él estaba empeñado en seguir allí.

Un día se fué al prado comunal para coger unas hierbas a fin de hacer encantamientos. A su regreso vió en una mata un extraño nido, hecho de hierbas y de flores y trabado con telarañas.

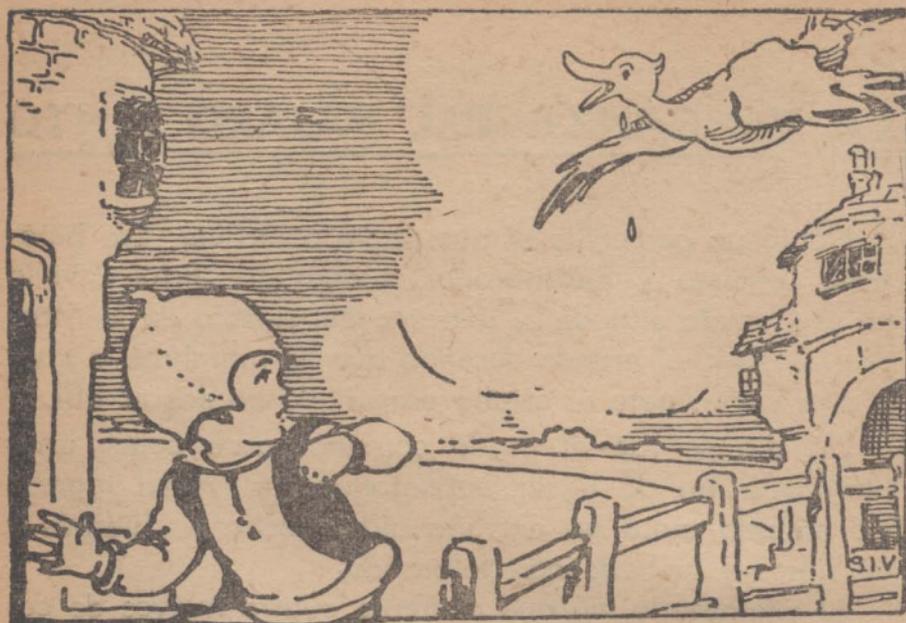
Al examinarlo vió que contenía cuatro huevos de color verde, con manchas rojas.

“Esos huevos me convendrán para mis encantamientos—pensó.—Me los quedaré todos.”

Como ya sabéis, está muy mal hecho quitar los huevos de un nido. Fifo lo sabía muy bien, pero no por



FIFO ROBÓ LOS CUATRO HUEVOS



EN CUANTO FIFO VIÓ AL PAJARO PINTO, SE METIÓ
EN SU CASA

eso desistió. Miró a su alrededor para ver si lo observaba alguien, porque en el País de las Hadas está prohibido quitar huevos de los nidos y luego se los metió en el bolsillo y se volvió a su casa.

Preguntábase qué extraño pájaro los habría puesto y por más que pasó revista a todos los que conocía, no pudo averiguarlo.

Pero una vez en su casa ya no se acordó más de los huevos que llevaba en el bolsillo, de modo que, al sentarse, los rompió.

—¡Demonio!—exclamó enojado.—¡Cómo habrá quedado mi bolsillo! Habré de lavarlo en la bomba.

Salió al jardín, lavó muy bien el forro del bolsillo y cuando se disponía a entrar de nuevo en la casa, para secárselo muy bien ante el fuego vió un pájaro muy raro, de color verde, con manchas rojizas.

—¡Bu-uuuuuuu!—exclamaba al volar.—Me han desaparecido todos mis huevos. ¿Quién me los ha robado? ¡Bu-uuuuuuuuuuuuuu!

En cuanto Fifo lo vió, se metió en su casa a toda prisa, porque reconoció al Pájaro Pinto y temía su venganza, pero no se acordó de que había dejado en el patio los huevos rotos.

El Pájaro Pinto los vió y al lado de aquellos fragmentos empezó a lamentarse de tal manera, que todos los vecinos se asomaron a las puertas y ventanas para ver qué ocurría.

Fifo cerró la puerta y las ventanas y se sentó temblando delante del fuego. Poco después, el Pájaro Pinto se calló y Fito creyó que se había marchado, pero tardó mucho en abrir de nuevo la puerta y las ventanas.

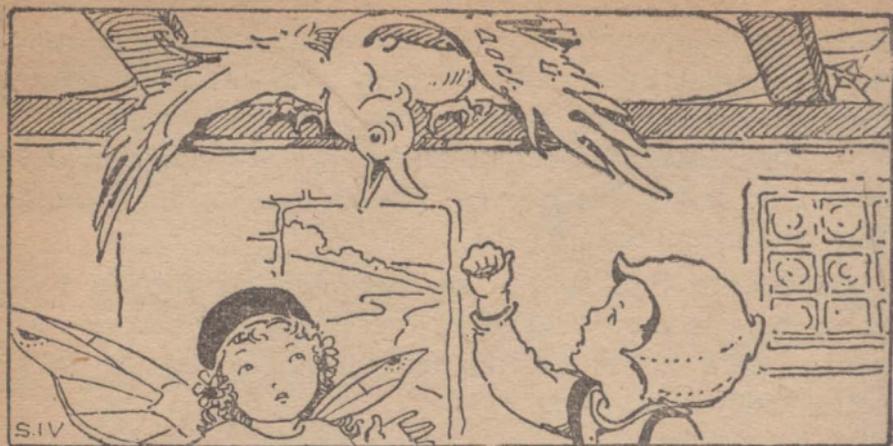
Por la tarde, creyéndose ya seguro, salió a comprar un poco de mantequilla. Pero, durante su ausencia, el Pájaro Pinto entró en la casa y fué a situarse sobre el armario. Fifo, al regresar, llevaba consigo a un amigo a quien había invitado a merendar.

—Esta mañana, Fifo me robó todos mis huevos y los rompió—exclamó de pronto el Pájaro Pinto, con fuerte voz.

Fifo levantó la mirada y vió al Pájaro Pinto. E, impulsado por la cólera y el temor, tomó un almohadón y se lo tiró.

Pero el almohadón cayó sobre la mesa y volcó y rompió el jarro de la leche.

—Has roto mis huevos, pero ahora se ha roto el jarro de la leche—observó, complacido, el Pájaro Pinto.



EL PAJARO PINTO SE ECHÓ A REIR

El amigo de Fifo se horrorizó al enterarse de la fechoría de éste. Se despidió, pues no quería merendar con un individuo tan malvado. Y en cuanto estuvo fuera, refirió a cuantos conocidos encontraba, el suceso que acababa de presenciar.

Al día siguiente, muchos habitantes del pueblo fueron a visitar a Fifo con varias excusas, pero, en realidad, para enterarse de si aun seguía allí el Pájaro Pinto.

El primero en llamar a la puerta fué el elfo Dingo, quien rogó a Fifo que le cambiase una peseta.

—Más valdría que le aconsejases que se cambie las medias—dijo el Pájaro Pinto, con fuerte voz.—Las lleva agujereadas. Anoche lo vi cuando se descalzaba.

Fifo se puso colorado como un tomate. Tiró una patata al Pájaro Pinto, pero no le dió y en cambio, el proyectil fué a chocar contra la lámpara, destrozándola en mil pedazos, cosa que hizo prorrumpir en una carcajada a la vengativa ave.

Vino luego la tía Guiños, con la excusa de pedir un poco de leche a Fifo y éste le contestó que no tenía.

—Pues tiene—exclamó el Pájaro Pinto desde lo alto del armario.—En la despensa tiene un jarro lleno.

Fifo volvió a sonrojarse y arrojó un zapato al pájaro, pero tampoco le dió y, en cambio, rompió un jarro de la repisa de la chimenea. El Pájaro Pinto se rió tanto, que estuvo a punto de caerse.

La tía Guiños se rió también y fué a contar a sus conocidos lo que acababa de presenciar. Poco después llegó otro vecino para preguntarle qué hora era.

—Las once y cuarto—contestó Fifo.

—Oye, buen hombre—exclamó el Pájaro Pinto,—voy a decirte dónde esconde Fifo su dinero. Lo tiene dentro de ese cerdito de porcelana que hay en la repisa de la chimenea.

—¡Cállate!—exclamó Fifo, rabioso.

Tiró una pastilla de jabón a la cabeza del Pájaro Pinto, pero rebotó en una viga, y, por fin, fué a hacer un chichón a la cabeza del mismo Fifo. Y el Pájaro Pinto, al verlo, se echó a reír hasta saltársele las lágrimas.

En cuanto el vecino se hubo marchado, Fifo, mirando al Pájaro Pinto, le dijo:

—Si vuelves a pronunciar una palabra, te pegaré un tiro. Y te aconsejo que te marches, antes de que te suceda algo desagradable.

—Pues, mira, si vas a buscar la escopeta—dijo el Pájaro Pinto,—te arrancaré la nariz de un picotazo.

En aquel momento llamó alguien a la puerta. Fifo miró al pájaro y luego resolvió no abrir, a fin de que aquella odiosa ave no pudiese decir nada contra él. Así, pues, se acomodó en un sillón y permaneció inmóvil.

El visitante llamó de nuevo, sin recibir respuesta. Luego Fifo oyó que alguien gritaba a través de la ventana:

—¿No hay nadie?

El geniecillo no contestó, pero entonces el Pájaro Pinto replicó a gritos:

—Buenos días, Majestad. Fifo está en casa, pero no quiere abrir. Es un mal sujeto. Esta mañana no se ha lavado las orejas, lleva las medias agujereadas, esconde su dinero en un cerdito de porcelana y niega que lo tiene, y, además, es chismoso y me ha robado cuatro huevos, rompiéndolos luego.

Fifo se asomó para averiguar quién era su visitante y, aterrado, vió a la Reina en persona, que, enterada del robo de los huevos, quería interrogar a Fifo acerca del particular. El geniecillo se apresuró a abrir la puerta y la soberana entró.

—Estoy muy disgustada contigo, Fifo—dijo la Reina.—Y como veo que el Pájaro Pinto te está castigando, yo no te aplicaré ningún castigo. Y permaneceré aquí hasta que te hayas reformado por completo.

¡Qué castigo tan espantoso! A Fifo le irritaba que el Pájaro Pinto revelase todos sus secretos, obligándole a ruborizarse a cada paso, pero, finalmente, comprendió que el único remedio sería el de conducirse bien, y de esta manera, aquel pájaro enemigo ya no tendría nada que contar.

Poco después habíase reformado de tal modo, que ya no era egoísta y avaro, ni tampoco contaba chismes. El Pájaro Pinto se encariñó con él y cuando llegó la hora de marcharse, lloró amargamente.

Fifo le consoló recomendándole que se quedase a vivir

con él, porque también lo quería. Y así lo hizo el Pájaro Pinto, de modo que ambos fueron muy felices.

—Haré mi nido encima del armario, Fifo, y supongo que no me robarás los huevos.

—¡Oh, no!—contestó el duendecillo.—¡Te lo juro!

Ya veis, pues, cómo se había reformado.

LA SETA ENCANTADA

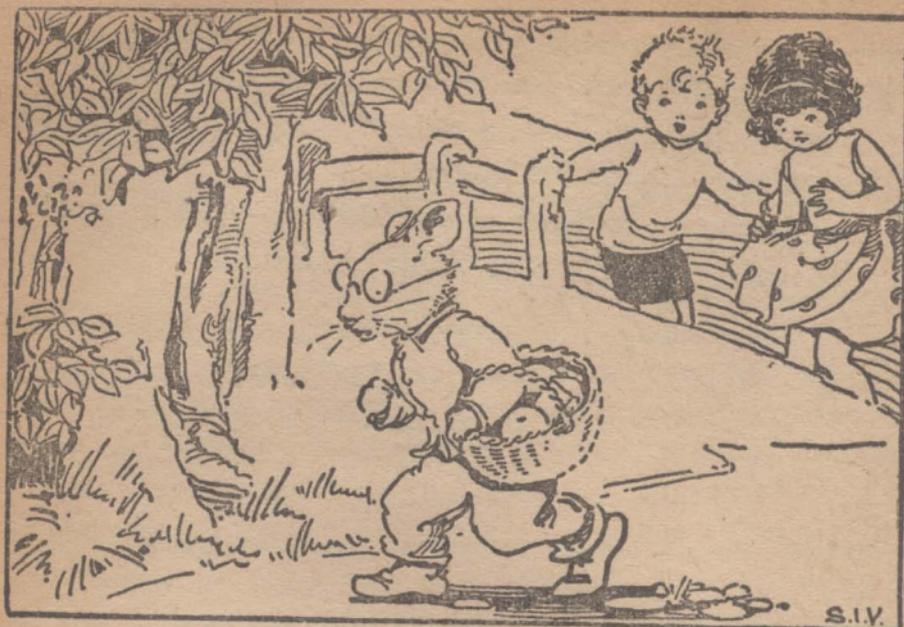
Paquita y Santiago salieron a merendar al bosque del Cuclillo. Una vez en él buscaron un sitio fresco y, de pronto, el niño señaló un sendero que se apartaba del camino principal.

—Supongo que será una senda de los conejos—dijo Paquita.—¿No nos extraviaremos yendo por ahí?

—¡Oh, no!—contestó el niño.—Este bosque es muy pequeño. No tengas miedo.

Siguieron, pues, aquella estrecha senda y, al poco rato, vieron algo muy curioso, es decir, un conejo que llevaba gafas y un cesto colgado de una de sus patas anteriores.

Los dos niños, de momento, dudaron de lo que estaban viendo y, por último, resolvieron seguirlo para ver qué hacía.



VIERON ALGO EXTRAORDINARIO

El conejo seguía el mismo sendero que se internaba por entre los árboles, cada vez más espesos.

La niña temía extraviarse, pero su hermanito la tranquilizó, señalándole, al mismo tiempo, el conejo, que andaba con la mayor rapidez.

De pronto llegaron a un claro rodeado de robles y en el centro vieron una seta enorme, con manchas rojas. El conejo se sentó en ella, pronunció unas palabras en voz alta y, de repente, la seta se hundió en el suelo, desapareciendo con el conejo.

Los dos niños se quedaron pasmados al contemplar tal suceso extraño y luego, aproximándose a aquel sitio, observaron que no quedaba la menor señal de lo ocurrido. Pero, de pronto, reapareció la seta, saliendo de la tierra como si creciese muy de prisa. Y al surgir de

aquel modo, golpeó a Santiago por debajo de la barbilla, derribándolo y haciéndolo rodar por el suelo.

—¿Te has hecho daño?—le preguntó la niña acudiendo a su lado.

—No—contestó Santiago, frotándose la barbilla,—pero sí me ha dado un susto. No podía imaginarme que la seta volviese a aparecer. ¿Adónde habrá ido a parar el conejo?

—No lo sé—contestó Paquita.—Pero ahora recuerdo que eso se parece mucho a un cuento que leí. Si quieres, sentémonos en la seta, pero no pronunciemos las palabras que dijo el conejo.

El niño se sentó en la seta y cuando hacía sitio para su hermana, una voz fuerte exclamó:

—¡Seta mágica, húndete en la tierra!

En el acto la seta obedeció, llevándose a Santiago. Paquita se quedó en pie, sola y con los ojos y la boca muy abiertas por el miedo.

—Ya ha desaparecido—exclamó la voz.

La niña miró a su alrededor y pudo ver a un gnomo que sonreía y que, sin duda, hizo a Santiago víctima de aquella broma pesada.

—¿Por qué has hecho eso?—preguntó Paquita, demasiado indignada para que le sorprendiese la llegada del gnomo.—Haz de manera que vuelva a aparecer la seta con mi hermano.

—No es posible—dijo el gnomo, riéndose.—¿Quieres sentarte tú e ir al encuentro de tu hermanito?

—Tengo miedo—dijo la niña—Además, tú no tienes ningún derecho de obrar así.

—¿Por qué no?—preguntó el gnomo.—Esta seta es mía y tu hermano no debía haberse sentado en ella sin mi permiso.



DE PRONTO SURGIÓ LA SETA

—Lo hicimos por haber visto que se sentaba un conejo.

—Es mi criado—replicó el gnomo.—Ha ido a entregar una carta a mi primo, el geniecillo Azul. Además tiene permiso para utilizar esa seta.

—¿Cuándo devolverá a mi hermano ese geniecillo Azul?—preguntó la niña.

—No lo sé—contestó el gnomo.

—Pues en cuanto vuelva la seta, iré yo a buscarlo.

En el acto reapareció la seta, la niña se sentó en ella y el gnomo le ordenó que se hundiese en la tierra.

Paquita sintió que descendía con gran rapidez, hasta que, por último, la seta se detuvo en seco y la niña se vió arrojada al suelo.

Al ponerse en pie notó que se hallaba en una habi-



—¡HA DESAPARECIDO!—EXCLAMÓ EL GNOMO

tación circular, muy pequeña y alumbrada por una luciérnaga que había en un fanalito de vidrio. Miró a su alrededor en busca de su hermano, pero no pudo verlo.

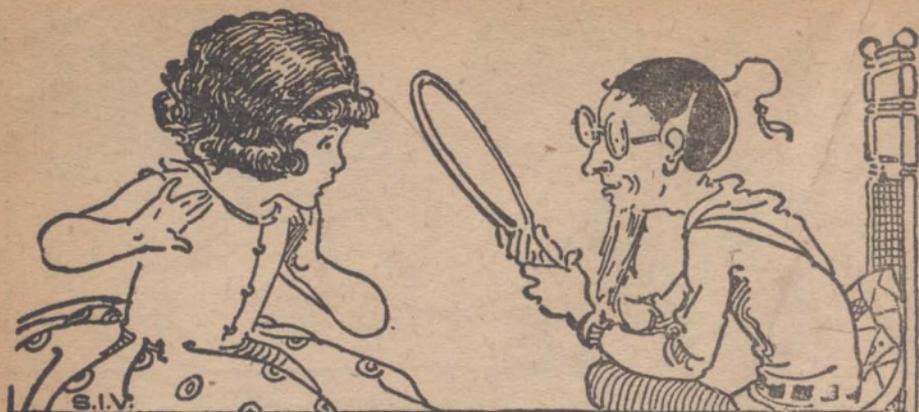
—¿Dónde estará la puerta?—pensó.

Casi a tientas pasó la mano por la pared y, al fin, encontró un pomo, del que tiró y, de este modo, halló una abertura escasamente suficiente para darle paso. Más adelante había un largo corredor, también alumbrado por unas luciérnagas. La niña se aventuró por aquel paso y, al fin, llegó a un lugar en que el camino se dividía en tres, razón por la cual se detuvo indecisa, pues no sabía cuál le convendría tomar.

Por último se resolvió por el del centro y, al poco rato, llegó ante una puerta amarilla, a la que llamó.

—Entra—contestó una voz.

Paquita abrió la puerta y se vió en una cueva en la que había una escalera de piedra que conducía a una trampa del techo. Subió por allí y, al llegar a la habitación superior, también muy pequeña, vió a un geniecillo, quien, con la mayor rapidez, escribía en un libro con una larga pluma de ganso.



EL GENIECILLO SE PUSO UNAS GAFAS Y MIRÓ A UN ESPEJO MAGICO

Al entrar la niña, levantó los ojos y no pareció sorprendido de verla.

—¿Quiere usted hacerme el favor de decirme dónde está mi hermano Santiago?

—No ha pasado por aquí—dijo, mojando cuidadosamente la pluma en el tintero.—Es casi seguro que tomó otro de los dos caminos restantes, pero no tienes necesidad de retroceder—añadió el geniecillo.—Si me das diez céntimos, te diré dónde está tu hermano.

Por suerte, la niña tenía la moneda pedida y la entregó al geniecillo, el cual tomó luego un espejo bastante grande.

—Mira ahí—le dijo—y piensa en tu hermano.

La niña fijó los ojos en el espejo y, con gran sorpresa, no se vió a sí misma. Pensó en Santiago y no tardó en ver al niño sentado en una silla y ocupado en pelar papatas, mientras lo vigilaba un conejo, que llevaba gafas.

—Ahí está, en efecto, mi hermano y también veo al conejo que seguimos en el bosque—dijo Paquita,—



ESCRIBÍA CON UNA LARGA PLUMA DE AVE



—¿VES ESE CÁSTILLO?—PREGUNTÓ

pero no sé dónde se encuentra en realidad, señor Geniecillo.

—Yo lo sé—contestó el interpelado después de ponerse unas gafas azules.—Está en las cocinas del geniecillo Azul y, según creo, prisionero. El conejo lo habrá llevado allí.

Paquita se echó a llorar, cosa que impresionó mucho al geniecillo.

—No llores—le dijo.—No puedo soportarlo. Haré por ti todo lo que pueda, por más que nunca oí decir que alguien lograra escapar del geniecillo Azul.

—¿Y no podrá salvarlo nadie?

—Tal vez el brujo Sabino, que, a la vez, es muy listo y bondadoso—contestó el geniecillo.—Tal vez te diga el modo de salvar a tu hermano. Pero vive lejos de aquí. Ve a preguntárselo.

Dicho esto, el geniecillo acompañó a la niña a la puerta y le mostró una colina que se descubría a lo lejos.

—¿Ves ese castillo?—preguntó.—Pues ahí vive el

brujo Sabino. Pero la gente asegura que es muy difícil verle.

La niña dió las gracias al bondadoso geniecillo y emprendió el camino. Siguió una senda, a cada uno de cuyos lados abundaban las flores. Vió en su camino hadas y duendecillos de todas clases que, al parecer, se quedaron muy sorprendidos de su paso. Ella les preguntó varias veces por el camino que había de seguir, y, al fin, le pareció que se iba acercando a la colina.

Halló un portillo, lo atravesó y, al otro lado, encontró a un elfo que lloraba amargamente, de modo que la niña le preguntó qué le pasaba.

—Mira—le contestó el elfo.—He roto mi collar nuevo. Se me han perdido todas las cuentas y no puedo encontrarlas, porque me olvidé las gafas en casa y, sin ellas, no veo bien.

—Yo te las buscaré—replicó la niña.

Y, poniéndose a gatas, empezó a registrar el suelo. Las cuentas eran muy pequeñas, pero, a copia de paciencia, pudo encontrar un buen puñado y el elfo, después de contarlas, dijo:

—Solamente faltan tres. Pero como tengo en casa otras tantas de repuesto, no importa. Eres muy buena. ¿Adónde vas?

—Al castillo del brujo Sabino—contestó la niña.—Quiero pedirle su auxilio.

—Entonces toma esto—le dijo el elfo poniéndole una cosa en la mano.

La niña vió que se trataba de una llavecita y antes de que pudiese preguntar para qué servía, el elfo desapareció. Ella, entonces, continuó su camino hacia el castillo.

Por último llegó a la colina, que era muy empinada.



—DAME ALGO QUE COMER—ROGÓ

Subió por un estrecho sendero y no tardó en descubrir a una duendecilla que la precedía, llevando un pesado cesto. La niña se acercó para ofrecerle su ayuda.

—Muchas gracias—le contestó la duendecilla, sorprendida y complacida.—¿Adónde vas?

—Al castillo—contestó Paquita;—quiero pedir el auxilio del brujo.

—Es muy difícil verle—contestó la duendecilla tomando un extremo del asa del cesto, en tanto que Paquita hacía lo mismo con el otro.

—Mucha gente dice que es imposible verle, de modo que no debes tener grandes esperanzas.

—¿Y tú vas al castillo?—preguntó la niña, después de dar un suspiro.

—No, yo voy a mi casita. ¿Quieres acompañarme y te daré de merendar?

La niña le dió las gracias, aunque no aceptó y como habían llegado ya a la casita de la duendecilla, ambas se despidieron cariñosamente y Paquita sintió que su compañera de camino le ponía algo en la mano.

Figuróse que sería otra llave, mas, al examinarlo, vió que era un taburete muy pequeño.

El castillo parecía estar ya muy cercano y, de pronto, la niña se sintió muy hambrienta. Recordó que llevaba un **sandwich** en el bolsillo y, sentándose, se dispuso a comerlo. Pero cuando iba a llevárselo a la boca, apareció una vieja con aspecto de bruja, y, acercándose a ella, le rogó:

—Dame un poco de tu comida, porque tengo mucha hambre.

Paquita la miró. Tenía aspecto de ser muy pobre. Empuñaba un alto cayado.

—Tome—dijo la niña, partiendo el **sandwich** por la mitad.—Además, espere, me parece que tengo una pastilla de chocolate.

También la dividió en dos y dió la mitad a la vieja, que se lo comió todo con mucha hambre.

—¿Adónde vas?—preguntó luego.

—A ver al brujo en su castillo—replicó Paquita.

—No lo lograrás, porque no recibe a nadie.—Se puso en pie y añadió:—Te doy muchas gracias por tu bondad y aunque no puedo corresponder a ella, toma mi cayado, quizá te sea útil.

Paquita no vió la utilidad de aquel objeto, pero, sin embargo, tomó el cayado y continuó su camino.

Pronto llegó a la puerta del jardín del castillo y, como estaba abierta, pudo entrar.

Vió que había una escalera muy larga, que conducía hasta la puerta del edificio. Llegó arriba, jadeando y, levantando el aldabón, llamó.

Un pequeño gnomo abrió el batiente de madera. La niña le preguntó si podría ver al brujo, pero el gnomo le contestó que era imposible, porque se había encerrado en su torre y no quería recibir a nadie, ni siquiera a sus propios criados. El gnomo añadió, además, que estaba ocupado en anotar unos encantamientos muy importantes y no quería ser interrumpido.

—Yo también quiero decirle algo muy importante— replicó la niña.—Anúnciale mi visita.

—No puedo—contestó el gnomo.—Entra y te explicaré la razón.

Paquita siguió al gnomo, que la condujo a una sala de la derecha, en cuyo extremo había una puertecilla de cristal.

—Mira por aquí—le dijo el gnomo.—¿No ves un lazo de cuerda en el extremo más lejano? Pues bien, cuando alguien tira de él hace resonar una campana en la torre del brujo. Él entonces abandona su trabajo y sale a ver a su visitante.

—¿Y por qué no puedes tirar de la cuerda?—preguntó Paquita.

—Por muchas razones—contestó el gnomo.—Primero porque la puerta está cerrada y luego porque no alcanzo hasta la cuerda. Siéntate, pues, y quizá dentro de una semana tendrás ocasión de ver al brujo.

La niña, desesperada, se sentó, pensando en su hermano. Esperó un rato y como empezara a derramar lágrimas, llevó la mano al bolsillo en busca del pa-

ñuelo, pero entonces encontró la llavecita que le diera el elfo.

La sacó y, de pronto, se le ocurrió una idea. Púsose en pie de un salto, se acercó a la puerta y metiendo la llave en la cerradura, la hizo girar.

La puerta se abrió sin ninguna dificultad. La niña tomó el taburete y el cayado y, después de cerrar la puerta a su espalda para que no la sorprendiera el gnomo, se subió al taburete y luego empuñó el cayado y, con él, pudo agarrar el lazo de la cuerda.

Tiró de ella y, en el acto, se oyó una fuerte campanada que casi la dejó sorda. Poco después, sin embargo, pudo oír el ruido de pasos que corrían y el gnomo se acercó muy enojado, pero cuando empezaba a reconvénir a la niña, una voz profunda le ordenó callar.

Era el brujo Sabino, hombre muy gordo y apenas más alto que la niña, pero de cara muy inteligente.

—¿Quién ha tocado la campana?—preguntó.

—Yo—contestó Paquita sin intimidarse.—Quería pedirle su auxilio.

—¿Y cómo has conseguido la llave, el taburete y el cayado?—preguntó el brujo.

Paquita se lo dijo y en cuanto hubo terminado, el brujo sonrió bondadoso.

—Veo que has llevado a cabo algunas buenas acciones y, por lo tanto, no puedo negarme a tu petición. ¿Qué deseas?

—Hágame el favor de libertar a mi hermano Santiago; el geniecillo Azul lo tiene esclavizado.

—Con mucho gusto—contestó el brujo. Y, volviéndose a su asombrado servidor, le dijo:—Ve en busca de mi carruaje.

Poco después detúvose ante la puerta un magnífico



PAQUITA FUÉ AL ENCUENTRO DE SANTIAGO

coche tirado por siete caballos blancos. El brujo y la niña subieron a él y emprendieron la marcha.

Poco después se detuvieron ante otro castillo y el brujo llamó vigorosamente a su puerta.

La abrió un geniecillo vestido de azul y el brujo, al verlo, le preguntó dónde estaba el niño de quien se había apoderado.

El geniecillo, al principio, negó que tuviese niño alguno, pero ante la insistencia del brujo, desapareció y, a los pocos momentos, volvió acompañado de Santiago. ¡Qué contenta estaba Paquita! Fué al encuentro de Santiago y los dos niños se abrazaron, alegres a más no poder, en tanto que el geniecillo cerraba dando un portazo.

El brujo sonreía satisfecho al observar la alegría de los dos hermanos. Dirigió algunas alabanzas a la niña por su valor, y luego se ofreció a llevarlos a su casa.

Una vez hubieron subido al coche, los caballos emprendieron el galope, de modo que diez minutos después entraban en la calle del pueblo en que vivían los niños.

Su llegada produjo una honda sensación en todos los que la presenciaron. Los dos niños manifestaron su gratitud y se despidieron del brujo Sabino y éste emprendió, inmediatamente, el regreso.

Luego Paquita y Santiago se dirigieron a su casa, para referir a su mamá las maravillosas aventuras que habían corrido. La buena señora se emocionó mucho al oír el relato y anunció su propósito de ir al día siguiente al bosque para castigar al malvado gnomo.

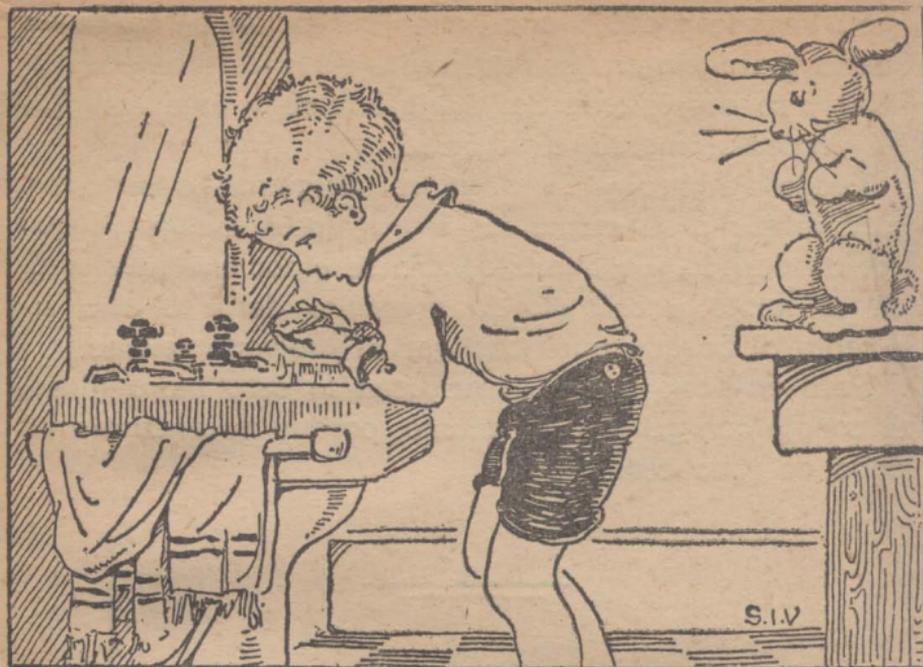
Pero en vano fué que buscasen la seta maravillosa, el conejo con gafas o el gnomo, porque no encontraron nada de todo eso.

EL CONEJITO OLVIDADO

Jorge tenía un lindo conejito de juguete, al que quería mucho y con el cual se acostaba todas las noches. Era blanco, con los ojos y el interior de las orejas de color de rosa. Se llamaba **Rabito**.

Un día, Jorge lo llevó a casa de su tía Susana, adonde fué a merendar. Su tía le dió un verdadero festín, de modo que el niño quedó muy satisfecho y se ensució de chocolate, mermelada y crema.

Al verlo, su tía le ordenó que fuese al lavabo a limpiarse y el niño obedeció sin replicar. Dejó el conejito encima de una mesa y, después de lavarse muy bien



JORGE DEJÓ EL CONEJITO SOBRE LA MESA, PARA LAVARSE

las manos y la cara, se cepilló y se quitó las manchas.

Cuando ya casi terminaba, lo llamó su tía, invitándolo a ir al gallinero para ver si las gallinas habían puesto algún huevo. Jorge se secó presuroso, echando a correr escalera abajo y se dejó olvidado el conejo sobre la mesa.

Llegó la hora de marcharse y, sin acordarse más del conejito, tomó el autobús que había de conducirlo a su casa. Por el camino echó de menos a **Robito**, pero como ya era tarde, no se atrevió a bajar para ir en su busca y creyó mejor volver al día siguiente a casa de su tía.

A pesar de todo, tenía un gran disgusto porque estaba acostumbrado a no separarse del conejito y a dor-

mir en su compañía. Además, tuvo la seguridad de que su amigo estaría muy triste durante toda la noche.

Una vez se hubo acostado, le asaltó otra vez el recuerdo de su conejito y empezó a llorar. Los juguetes, que le oyeron, se hicieron cargo del motivo de su tristeza y el fanteche, compadeciéndose de él, preguntó a sus compañeros si podrían hacer algo para consolar a su amigo.

—Creo que no—contestó el osito.—La casa de la tía de Jorge está muy lejos.

—¿Y no podríamos ir allá en el aeroplano?—sugirió el marinerito.

A los demás juguetes les pareció que la idea era espléndida. El osito y el fanteche se manifestaron dispuestos a emprender el viaje y el aeroplano, a su vez, consintió en ayudarlos.

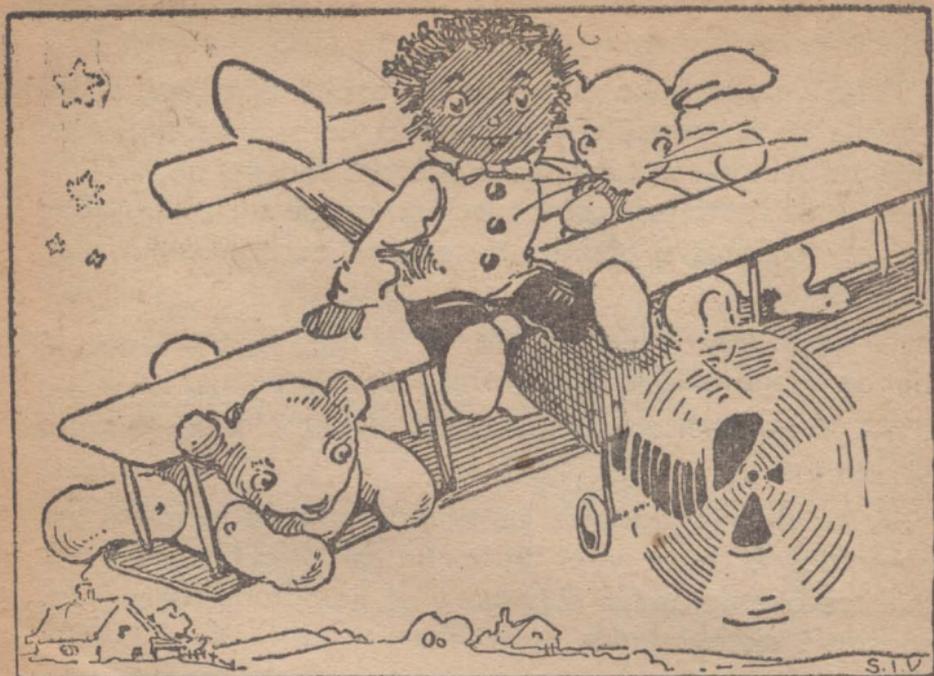
Sacaron el aparato al exterior, le dieron cuerda y luego emprendieron el vuelo.

Aquel viaje les pareció interesantísimo. Sin ningún accidente llegaron a la casa de la tía de Jorge y, a través de una ventana del primer piso, pudieron ver al pobre **Rabito**, solo y muy triste, encima de la mesa.

—¡Eh, **Rabito!**—llamó el fanteche con voz queda.—Ven. Hemos venido en el aeroplano con objeto de recogerte.

El conejito saltó al suelo y se subió a la ventana. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero al ver a sus amigos, recobró la alegría. Un momento después los tres compañeros se habían subido al aeroplano, el cual, nuevamente, se elevó por los aires.

No tardaron en verse otra vez en el jardín de su propia casa. Los tres se apearon, llevaron el aeroplano al



EMPRENDIERON EL VUELO DE REGRESO

cuarto de los juguetes y entonces el conejito, después de dar un abrazo a sus salvadores, se fué a la cama del niño. Subió a ella y luego se acurrucó entre los brazos de su amito.

—¡Oh!—exclamó Jorge despertando.—Es mi conejito. ¡Qué contento estoy, **Rabito!**

Y se durmió sonriente. A la mañana siguiente dió las gracias a su mamá por haber enviado a alguien para recoger al conejito.

La buena señora se quedó sorprendida a más no poder y cuando dijo a su hijo que no comprendía lo ocurrido, ambos se quedaron extrañadísimos.

EL MAGNÍFICO PARAGUAS DE MARTA

Marta, el día de su santo, recibió como regalo un magnífico paraguas. Era de seda verde y tenía el mango del mismo color, rematado con una cabeza de loro.

La niña estaba orgullosa de él, y, por su gusto, habría llovido todos los días, a fin de lucirlo en el colegio, pero el tiempo era tan bueno, que no podía sacarlo a la calle.

Un sábado, Marta vió, al levantarse, que el cielo estaba muy nublado y que hacía mucho viento.

—Hoy va a llover—dijo su papá a la hora del desayuno.—Y me alegro mucho, porque el jardín está muy seco y todas las plantas se mueren.

La niña se lamentó mucho de que aquel no fuera día de clase, pero como la cosa no tenía remedio, se conformó, aunque sin renunciar a la idea de lucir su paraguas. Por esta razón pidió permiso a su mamá para ir a dar un paseo, pero la buena señora no parecía dispuesta a concedérselo.

Mas como la niña insistiera mucho, diciéndole que se pondría los chanclos de goma y podría estrenar su paraguas, su mamá acabó consintiendo y luego dijo:

—De paso llevarás un recado a la señora García.

—¡Oh, qué bien!—dijo la niña.

Se puso los chanclos, el impermeable y el sombrero, y después de guardar en el bolsillo la carta que le dió su mamá, fué en busca del paraguas verde. Lo abrió, y, muy satisfecha, salió a la calle.



ABRIÓ EL PARAGUAS Y ECHÓ A ANDAR MUY SATISFECHA

Mientras iba por el pueblo, la niña habría deseado encontrar a algunos conocidos para que viesen su paraguas, mas no fué así; por último llegó al bosque y lo atravesó para llegar a casa de la señora García.

Ésta no se hallaba en su casa, de modo que tampoco pudo ver el paraguas de la niña. Marta echó la carta al buzón y se volvió para emprender el regreso y cuando estaba de nuevo en el bosque, pensó que sería mejor ir adonde los árboles fuesen muy espesos para oír el ruido de la lluvia sobre el follaje.

Pero una vez hubo llegado a lo más espeso del bosque, dióse cuenta de que allí no llovía y de que el paraguas era inútil, y así volvió en busca de su camino.

Mas, poco después, observó que se había extraviado.



—¿PODRÍAS PRESTARNOS EL PARAGUAS UN MOMENTO?—PREGUNTÓ UN HADA

—¡Qué desgracia tengo esta mañana!—se dijo. —Nadie ha visto mi paraguas y me he extraviado.

Mientras pronunciaba estas palabras para sí, oyó una extraña voccecita que decía:

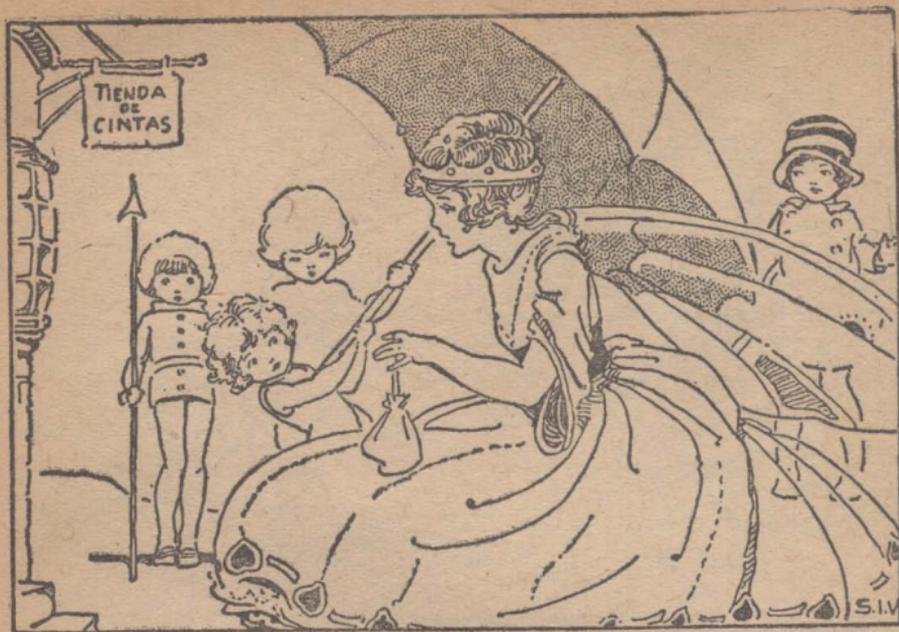
—Mirad, esa niña tiene un hermoso paraguas. Nos sería muy útil.

Marta se volvió y pudo ver a cuatro diminutas hadas, vestidas de verde, que se acercaron a ella sonriendo. La niña estaba muy asombrada, porque si bien creía en las hadas, nunca había visto ninguna.

—¿Podrías prestarnos tu paraguas por espacio de un minuto?—preguntó una de las hadas.

—¿Cómo? ¿No tenéis ninguno?

—¡Oh, sí! Pero no aquí—contestó la diminuta hada.



CUBRIERON A LA REINA CON EL PARAGUAS

—No lo queremos para nosotras, sino para la Reina, que llegará dentro de un momento. No se nos ocurrió traer paraguas y ahora tememos que Su Majestad se moje cuando baje de su carruaje y se dirija a pie a casa del vendedor de cintas.

Luego las hadas explicaron a la niña que el duendecillo encargado de la tienda de cintas había prestado su paraguas y no se lo habían devuelto y que los vecinos del bosque tenían unos paraguas tan feos, que no servían para la Reina.

La niña prestó su paraguas, pero con la condición de que le dejarían ocultarse detrás de un árbol para ver a la Reina, cosa en la cual consintieron las hadas. Les entregó, pues, el paraguas y fué a ocultarse tras de un

roble, desde donde pudo ver el pueblecito de los elfos y la tienda de cintas que se proponía visitar la Reina.

No tardó en notar que se acercaba un coche de plata y oro del que tiraban tres conejos blancos como la nieve. Detúvose el vehículo y las hadas vestidas de verde se acercaron a él para ayudar a la soberana a apearse. Luego la cubrieron con el paraguas de Marta, mientras la Reina se dirigía a la tienda.

La niña estaba entusiasmada. ¿Qué diría su mamá de aquella aventura?

Pocos minutos después, la hermosa Reina salió de la tienda y la niña pudo ver que era bellísima. Las hadas, sosteniendo el paraguas sobre su cabeza, la acompañaron hasta el carruaje.

—¡Muchas gracias!—dijo la reina con argentina voz.
—¡Qué bonito paraguas! Me gustaría tener uno igual.

El coche se alejó, en tanto que la niña sentía deseos de gritar a causa de las palabras de la Reina, pero se contuvo, para no asustar a las hadas o a los gnomos.

Las hadas se acercaron entonces a ella para devolverle el paraguas.

—Muchas gracias—le dijeron.—La Reina ha quedado muy satisfecha. Esperamos que no te habrás mojado.

—Solamente un poco—dijo Marta.—Pero no me importa. ¿Queréis hacerme el favor de indicarme el camino de mi casa, porque me he extraviado?

Las hadas se apresuraron a complacerlo y Marta volvió corriendo a su casa, deseosa de contar a su madre lo que le había ocurrido.

—Veo que te has mojado, Marta. ¿Acaso no llevabas tu paraguas? Ahora siento haberte dejado salir.

La niña, muy excitada, le refirió lo sucedido, pero, como se comprende, su mamá se rió incrédula.

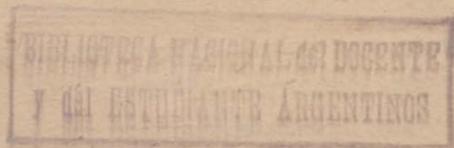
—Veo que quieres hacerme creer un cuento. Ahora abre el paraguas y ponlo a secar—dijo,—porque si no, se estropeará.

La niña, sin replicar, abrió el paraguas, disgustada al ver que su mamá no creía su relato. Y cuando ponía el paraguas al lado del fuego, vió que sobre la seda verde estaba estampada una corona de oro.

—¡Mira!—dijo.—Mira eso, mamá. La Reina ha puesto una corona en mi paraguas, para demostrar que le gustaba. Supongo que ahora me creerás.

Y, naturalmente, su mamá se vió obligada a dar fe a sus palabras.

FIN



CUENTOS ILUSTRACION SORPRESA



Son hermosos libros de narraciones para niños, en los que, sin más que volver las hojas, aparecen, en determinadas páginas, maravillosas construcciones a todo color, que se montan automáticamente y producen una gran sensación de relieve y realismo. Es el libro de cuentos convertido en juguete.

Publicados:

- | | |
|--|--------|
| 1 — El Ratón Mickey en la corte del Rey Arturo | \$ 6.— |
| 2 — Los enanos del bosque y el Rey Neptuno | „ 6.— |
| 3 — El Ratón Mickey en el circo | „ 3.— |
| 4 — Mini y el Pato Moby | „ 3.— |
| 5 — La tía Ansarona | „ 1.80 |
| 6 — El gato con botas | „ 1.80 |
| 7 — El gallito del lugar | „ 2.30 |
| 8 — Popeye y la bruja de los siete mares .. | „ 2.30 |

Pídalas en kioscos y librerías y si no las encuentra, solicítelas enviando su importe en giro postal o estampillas a:



Urgel 245 - BARCELONA — Migueletes 1023 - Bs. AIRES

Todas las obras de nuestro catálogo las encontrará en

Grandes Librerías ANACONDA - Florida 251 - Buenos Aires.